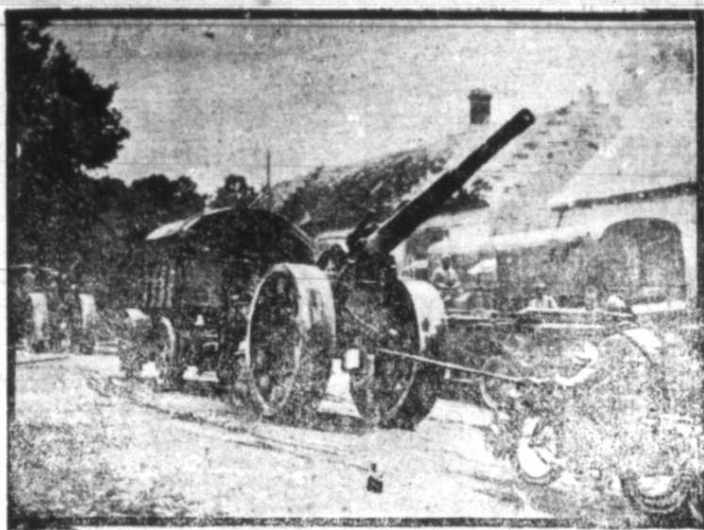




Cañón de marina con su tractor atravesando una aldea

al copal de Colombia o aceite de copaiba tuviesen a bien suministrarlos, quizá ayudemos así al progreso de las industrias en esta querida región.

El ahorro

El Príncipe de Bismarck decía a sus amigos: «Francia tiene un «gato» (así llamaba él la alcancía francesa); es necesario quitárselo».

Y, en efecto, siguiendo sus instrucciones, los discípulos de hoy quisieron repetir la hazaña. Pero los franceses han guardado tan bien el gracioso animal que es ya caso imposible que aquéllos pongan la mano sobre su lomo.

¡Pobre animalito! ¡Tan dulce, tan inocente, tan rollizo! Sería triste que los bárbaros se apoderasen de él. Seguro que con su piel harían correas de fusiles y con sus mantecas

conocidos de D. Antero, lo obligaron a que se detuviera. Después de haberme examinado aquellos señores con gran prolijidad y de haber dado vuelta en torno de mi cuerpo para contemplarme bien, hicieron a D. Antero muchas preguntas sobre mi origen y mis condiciones y llegaron a indagar si mi dueño me daría por cierta suma que a mí me pareció exorbitante, con lo que me llené de orgullo. Despidióse al cabo D. Antero, y cuando con un suavísimo toque a la rienda me significó que debía seguir..... ¡me atreví a decirlo! Coleé. Mis admiradores soltaron la más insultante carcajada; y, un condenado pilluelo, que arremado a la puerta del almacén, había estado presenciándolo todo, prorrumpió en alta voz: «Mírenlo: si es obispo. Vean cómo va echándole bendiciones.» Este es el chiste con que en la Sabana de Bo-

engrasarían las llaves de los cañones.

No hay casa en Francia, por humilde que sea, donde no fonque en algún oscuro rincón uno de estos felinos, pequeño ó grande. Conoci a un funcionario del Municipio que mantegía a su esposa, su suegra y dos hijos con un sueldo de \$28,00 mensuales. Así y todo, me confesó que separaba \$3,00 todos los meses para su «gato». El día en que no pudiese darle siquiera unos céntimos de cordilla, el francés se moriría de ictericia.

El Shah de Persia declaraba hace años a un periodista que lo que más le admiraba en Francia era el ahorro.

De todos modos, no ofrece duda que tiene en este país una importancia capital y que a él se debe el grado inaudito de prosperidad material a que había llegado. Es incalculable el número de Sociedades que aquí se encargan de promover y facilitarse se hace irrisión del caballo que tiene la desgracia de... de hacer lo que yo hacía.

Al saber mi amo, cuál había sido el sonrojo que D. Antero y yo habíamos padecido, tuvo gran pesadumbre, pero aun no decidió lo que debiera hacerse conmigo.

Para ver de encubrir mi defecto se probó si usándome con retransca y atando a ésta la cola, se disimularían sus movimientos; y se vió que aquello aumentaba en mí el prurito de colear y no cubría el vicio sino muy imperfectamente. Se consultó con varias personas experimentadas sobre si convendría hacerme cortar el nervio de la cola, y unánimemente declararon que esa bárbara operación, tendría efectos contrarios al aseo y al buen parecer y que mi parte posterior haría la más desairada figura si mi cola quedara colgando como un inanimado manojito de cerdas. Continuará

tar el ahorro, todas inspeccionadas y vigiladas estrechamente por el Gobierno. Esto me trae al pensamiento aquella famosa «Tutelar» de dolorosa memoria para muchos españoles. Una estanterita de la calle de Clichy nos decía ayer a un joven profesor de la Sorbona y a mí que mediante una pequeña cantidad que imponía todos los meses en la caja de dos de estas Sociedades tenía la seguridad de disfrutar en su vejez una renta de \$1,00 diario.

El ahorro francés no es sórdido ni repugnante; es prudente, metódico, sabio. Un francés no se priva jamás de lo necesario y se autoriza todos aquellos goces compatibles con él. Entre nosotros se dan casi siempre los dos casos extremos: un sujeto que despilfarró cuanto gana ó ha ganado su padre y otro que se alimenta y viste como un pordiosero poseyendo millones.

Los tenía un viejo solterón que existía hace años en mi pueblo. Para su regalo había adquirido una famosa cueva de vinos: Burdeos, Madera, Rioja, Manzaniella, Jerez; todo añejo y exquisito. Por lo menos eso se decía entre nosotros. Pues bien; este ricacho cenaba indefectiblemente todas las noches un plato de patatas guisadas. Como ya le iban causando y le era pesado engullirlas, bajaba a la cueva antes de cenar, tomaba una botella de Jerez y la colocaba sobre la mesa delante de su plato. «El que se coma las patatas—decía—se bebe la botella de Jerez.» En efecto; se comía las patatas; pero al descorchar la botella, la miraba con enternecimiento, se apiadaba de ella y bajaba de nuevo a la cueva para colocarla en su sitio, repitiéndose la misma escena al día siguiente.

Aquí se bebería la botella de Jerez así que hubiera apartado lo bastante para comprar otra.

Es una pasión el ahorro en Francia; pero es una pasión discreta, reservada, que huye de exhibirse, como el amor en los viejos. Los franceses se entienden con los ojos en este punto. Un obrero, un pequeño empleado toma los domingos su caña de pescar, después que ha almorzado, y se va al río. En la apariencia es un recreo; él así lo manifiesta, pero los vecinos saben a qué atenerse. «El Señor F...» por la la cena», dicen para sí. Nadie sonríe, no obstante, ni menos se autoriza la más ligera broma.

En Francia todo es digno de risa menos el dinero.

Bajo su aparente frivolidad, es este el país más prudente y sensato de la tierra. El francés suena los cascabeles para disfrazar su cordura, como otros se retuercen el bigote para ocultar su demencia.

¡Demasiado sensato, demasiado cuerdo! Este es su defecto capital, y no la vanidad, como generalmente se sostiene.

ARMANDO PALACIO VALDES

De la Real Academia Española